

Raíces en el equipaje

* REGINA VOGT BREHM

(Continuación)

FRAGMENTO III

MINA DEL JAPO, 1914

FRAGMENTOS DE PIEDRAS danzan alrededor, el cerro se retuerce delante de mis ojos. Oigo un murmullo que se acrecienta y ondea por las vetas sumergidas, sube hasta retumbar en mis sienes, me golpea, me hiere, me grita. Escucho su lamento sin palabras, el mensaje es siempre el mismo: qué haces aquí extranjero, qué hacen todos los buscadores, los que me revuelven las extrañas, los que me privan de mi más profundo misterio. Regresen, huyan, no crean que regalaré mis tesoros, no sueñen más conmigo; aquí no hay sino silencio, no hay sino viento y piedras.

Las rocas destrozadas me miran acusadoras, sus vientres abiertos parecen desangrarse en un flujo congelado para siempre. Han despertado de su profunda paz y ya no dormirán; ya nada podrá detener el desangrarse ni el morir: el cerro entero será una tumba donde yacerán las rocas junto con los sueños de los buscadores; pero no en paz, sino vagando por las noches, inquietando mi dormir y el de todos los que se atrevan a perturbar este silencio. Las estrellas ya no me sonríen, su pálida luz se ha congelado. Casi no me atrevo a mirarlas, porque al hacerlo veo figuras que me rondan acusadoras, amenazantes, en una danza lúgubre, son mil ojos encendidos por la ira, con brazos que me indican: es él. El que ha venido de lejos, el que no pertenece a este lugar, el que nos observa sin comprendernos, el de otras latitudes, el que debería regresar a su origen; lo estaremos vigilando, no lo dejaremos descansar. Cierro mis ojos y sigo viendo esas luces, esos destellos parpadeantes que giran y giran. ¡Váyanse, apáguense, escondan sus miradas, desaparezcan!

Escribo mil palabras en una hoja, y las miro para sentirme acompañado. Palabras tristes, alegres, hermosas, desgarradoras, tranquilas, insinuantes, odiosas, temerosas, violentas, suaves, rencorosas, desafiantes, llenas de rabia, pero jamás sin sentido, jamás vacías como esta soledad. Es lo que quisiera escuchar de alguien; preferiría un insulto, un desprecio, una pelea, una sola palabra, aunque fuese hiriente, a seguir en este silencio. ¿Saben lo que es estar completamente solo? Levantarse sin escuchar más que el viento, realizar todas las labores diarias sin que alguien cambie de lugar alguna cosa; si se me cayó una cuchara y no la recojo, a los dos días seguirá ahí en el suelo; si no como; a nadie le importa: si grito, nadie escucha; si duermo o estoy despierto, da lo mismo. Los sonidos se agigantan, soy capaz de escuchar el crujir de un escarabajo; el zumbido de una mosca me enloquece; sé que es madrugada porque escucho las gotas del rocío. Al comienzo los sonidos me alegraban: eran amistosos y conversaba con ellos. Pero ahora me ahoga su monotonía, me desespera. Sólo el viento parece ser mi amigo. Durante el día me acaricia y por las noches canta para ayudarme a conciliar el sueño. Pero no lo entiendo; al contrario; creo que son invitaciones para salir y seguir su curso. Me invade un deseo irrefrenable de buscar su voz, de correr con él y encontrar su escondite.

Cierta noche desperté al borde de un precipicio; había seguido el llamado del viento y estaba a punto de sucumbir a la tentación de lanzarme al vacío. En ese momento comprendí que había llegado la hora de hacer algo definitivo; en caso contrario, no saldría vivo y cuerdo de ese lugar. A la mañana siguiente monté la única mula que quedaba y emprendí el camino hacia Oruro. No sabía bien con qué propósito; sólo tenía claro que no podía seguir en la mina ni una noche más. Iba tan absorto en mis pensamientos, que casi no vi al señor Moller, mi antiguo contador, que venía en sentido contrario. Sólo reaccioné cuando me habló directamente:

- ¿Ya se enteró de las noticias?

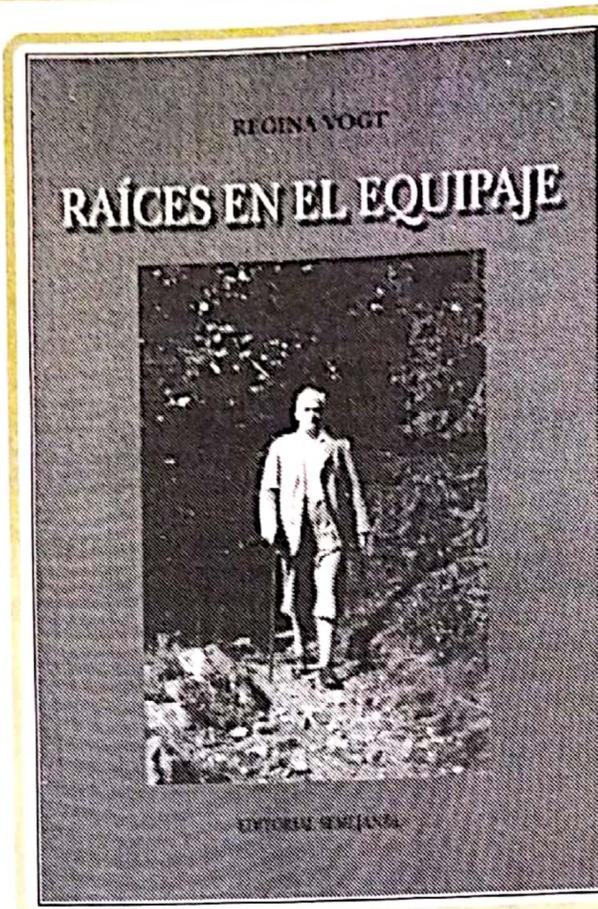
Fue como si regresara de una pesadilla, abrí mis ojos y miré el lugar por primera vez en aquel día. Recuerdo con toda nitidez el valle y su sendero serpenteante, los escasos arbustos, las piedras tostándose al sol, el cielo azul casi insolente, y al fondo el cerro dibujado con trazos rápidos, pero certeros. El cerro parecía distante, ya no era mi enemigo, era un perfecto desconocido que me observaba indiferente.

- ¡Estalló la guerra en Europa!

El señor Moller escudriñaba mi rostro en busca de alguna reacción o respuesta, pero yo estaba tan aturdido aún de mi soledad y mi vacío, que tardé varios minutos en comprender lo que me decía. Entonces sentí como si me hubiera revolcado una ola y, al salir a respirar, se me vióse otra mucho más grande encima. Me estremecí, instintivamente afirmé las riendas, presa de un vértigo que me invadió por completo. Todo esto duró unos segundos y luego fue como si flotara en un mar sereno iluminado de sol; de pronto se aclaraba todo mi futuro: debía volver a mi patria, debía pelear por mi país.

Lo que sucedió enseguida fue muy rápido. Regresé a la mina para recoger mis pocas pertenencias y partí de nuevo a Oruro, esta vez con un propósito muy claro. La nebulosa en que me había encontrado durante los últimos meses se esfumó por completo, me daba vergüenza acordarme de ese estado tan distante del mundo real.

Sólo las cartas de mis seres queridos me mantenían al tanto de lo que sucedía en el mundo y me daban ánimo para seguir adelante. Había una persona en especial que me escribía con mayor dedicación: una amiga que conocí en Berlín cuando finalizaba mis estudios. Nunca antes supe lo que significaba para ella, y creo que recién ahora sé lo que significa para mí. Pero ya es muy tarde. Irene pasó veladas encantadoras conmigo en mi época de estudiante. Todo era tan liviano y sin compromiso; me dejé



llevar por esos días con sus visitas al teatro y a fiestas, con sus paseos y tertulias. Sólo cuando me invitó para ser acompañante en el matrimonio de su hermana, me asusté y puse los pies en la tierra. ¿Quería yo también comprometerme? Asistir a aquella ceremonia iba más allá de una simple amistad, así se estilaba en aquel tiempo. Sin dar mayores explicaciones, dejé Berlín, no quería complicarme con una relación más seria. No tenía claro mis sentimientos y menos mis intenciones. Me gustaba tenerla a mi lado, escuchar su risa, mirar sus ojos vivaces y sentir la admiración que despertaba en ellos. Siempre pensé que me adulaba más en broma que en serio; no supe comprender que sus sentimientos eran verdaderos. No sé cómo consiguió mi dirección en Bolivia; pero de algún modo me escribía. Pasando por alto lo que conversamos la última vez que nos vimos en Alemania, sus cartas eran alegres y superficiales. Aquella vez descorrió por un instante la cortina con que disimulaba su profundo afecto, y atisbé algo que me dio pánico: estaba enamorada. En mi memoria permanecen muy nitidas aquellas horas en que estuvimos sentados uno frente al otro en un café. Yo debía partir al día siguiente a casa, para luego regresar y asistir al matrimonio de su hermana (cosa que nunca hice). Ese día le conté de mis intenciones de viajar al extranjero. Sus ojos se oscurecieron y permaneció sin parpadear, un largo rato.

- ¿Qué vas a hacer allá?
- Trabajar para asegurarme un buen ingreso. "Forjarme un futuro", como se dice.
- Estarás muy solo.
- Eso no me preocupa.
- ¿Te quedarás para siempre?
- No lo sé, tengo que estar allá para saber qué pasará después.
- ¿Volverás para buscar compañía?

Se había puesto muy seria, nunca antes la vi así. Al expresar la última pregunta, su voz casi no se escuchaba. Mis rodillas empezaron a temblar, sentí como si cayera al vacío. ¿Qué significaban todas esas preguntas? De pronto, fue como si un rayo doloroso me golpease, iluminando en un momento lo que no lograba comprender antes:

- Yo siempre te estaré esperando.

Comencé a transpirar, mi corazón se salió de su acostumbrado ritmo; hubiera querido huir sin mirar atrás; pero mis pies estaban como petrificados. Después de minutos, que parecieron eternos, recuperé el habla.

- Pasará mucho tiempo, ni siquiera sé si volveré. Es tu decisión esperar, pero no puedo prometerme nada.

Me levanté bruscamente, para no seguir soportando esa mirada que me hería; que me suplucaba; era como si se hubiese desnudado frente a mis ojos. Estiré mi mano para despedirme, pero ella se adelantó, por unos segundos posó sus labios sobre mi mejilla, y luego salió corriendo. Alcancé a escuchar un sollozo ahogado y me quemó más que el beso que aún ardía en mi rostro.

Aquella noche no dormí; no podía ordenar mis sensaciones; no lograba recuperar mi serenidad. ¿La amaba? Tal vez, tal vez no. No quería desprenderme de ella, pero tampoco quería compromiso. Al fin, hacía la madrugada, decidí cerrar el capítulo. No la vería más y me concentraría en mi trabajo. Sin embargo, cuando zarpé desde Hamburgo, hubiese deseado verla en el muelle.

Durante los meses siguientes, no pensé mucho en ella. A veces, por las noches, recordaba su risa; pero la sentía muy lejana; era como evocar a un personaje de novela: no existe realmente. Debo reconocer que me alegré cuando recibí su primera carta. La contesté con entusiasmo (y con mucho cuidado, para no hacerle falsas ilusiones). Se estableció un contacto agradable; sus cartas eran igual que los primeros encuentros, alegres y superficiales. Hasta que recibí aquella que no pude contestar en mucho tiempo:

"Querido amigo":

"Hoy, hace un año, viví el cumpleaños más hermoso de mi vida. Recorrimos juntos la ciudad; te mostré lugares que no conocías, y me llevaste a la ribera del río. Paseamos durante todo el atardecer; los árboles se recortaban contra el cielo pálido; una suave bruma envolvía el paisaje soñoliento. La brisa que nos mecía era, como los pensamientos, imperceptible casi, pero placentera. Luego, apareció la luna. Era una luna demasiado redonda; flotaba en el río con insólita sencillez, como disculpándose por brillar justo aquel día. Caminabas a mi lado como si hubieses estado ahí desde siempre; hablábamos, y eran palabras antiguas. Creí que tu silueta era parte de mí, y que mi sombra te pertenecía".

"Cada vez que recuerdo aquella tarde, es un dolor, es una ráfaga de nostalgia. Como quisiera sólo una vez poder reencontrarla, y durante sólo un momento volver allí. Abriría mis brazos para recoger toda la brisa; me vestiría de bruma; me salpicaría entera de luna. Viviría todo lo que quedó suspendido en el tiempo, tocaría con mi alma lo que no pude hacer en aquel entonces".

"Amigo, ¿me estarías esperando, caminarías conmigo por los mismos senderos?"
"Te quiere
Irene"

(Continuará)

REGINA VOGT BREHM (1954)
Santiago de Chile. Poeta y escritora.